

# EL PEQUEÑO CABALLERO

Roberto entró corriendo al salón, dejándose caer en el sofá y estirando las piernas para ver la tele. Unos minutos después, llegó su madre llevando en brazos a su hermanita.

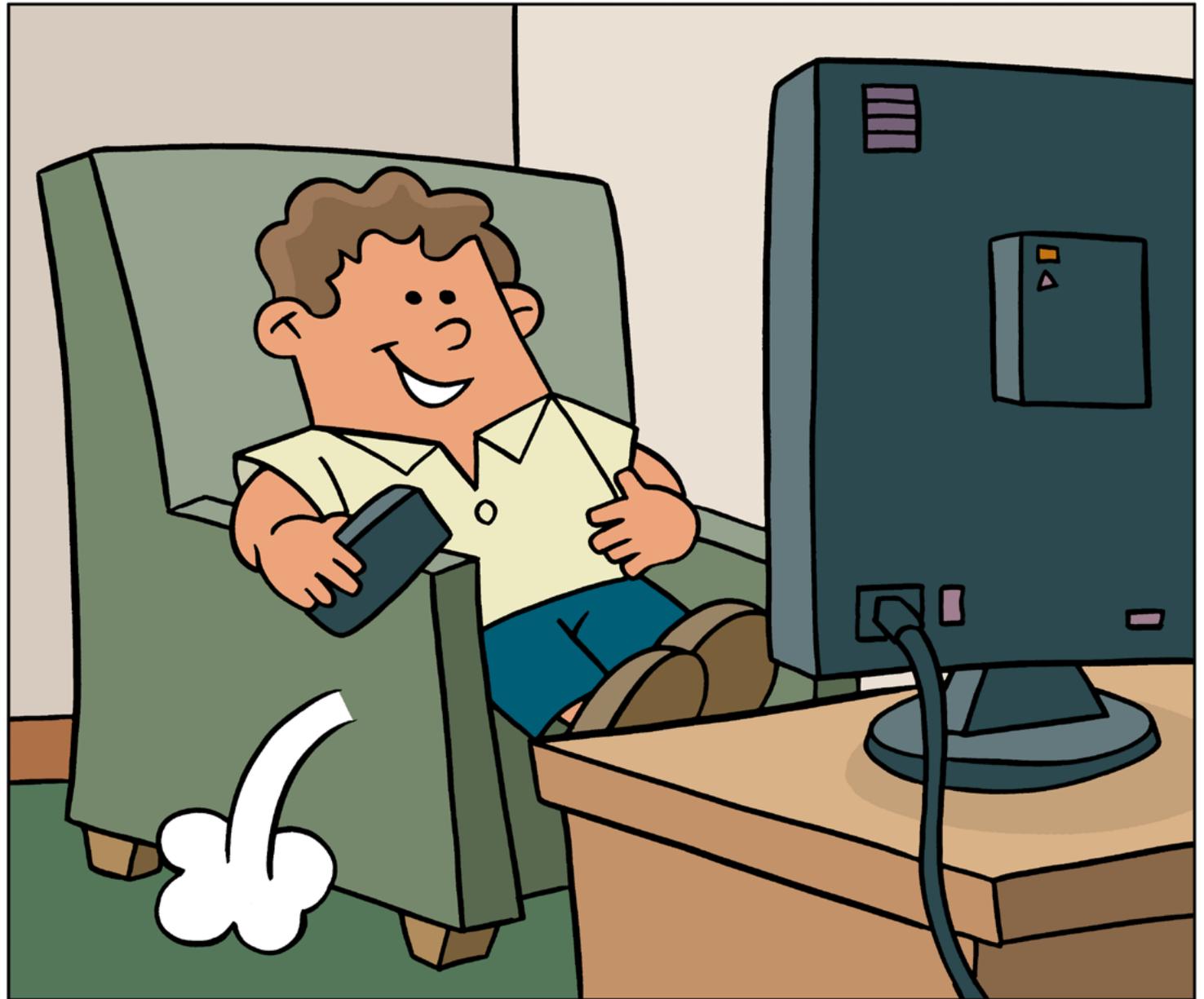
—Roberto, ¿podemos sentarnos Anita y yo en el sofá? —preguntó.

Roberto se quejó:

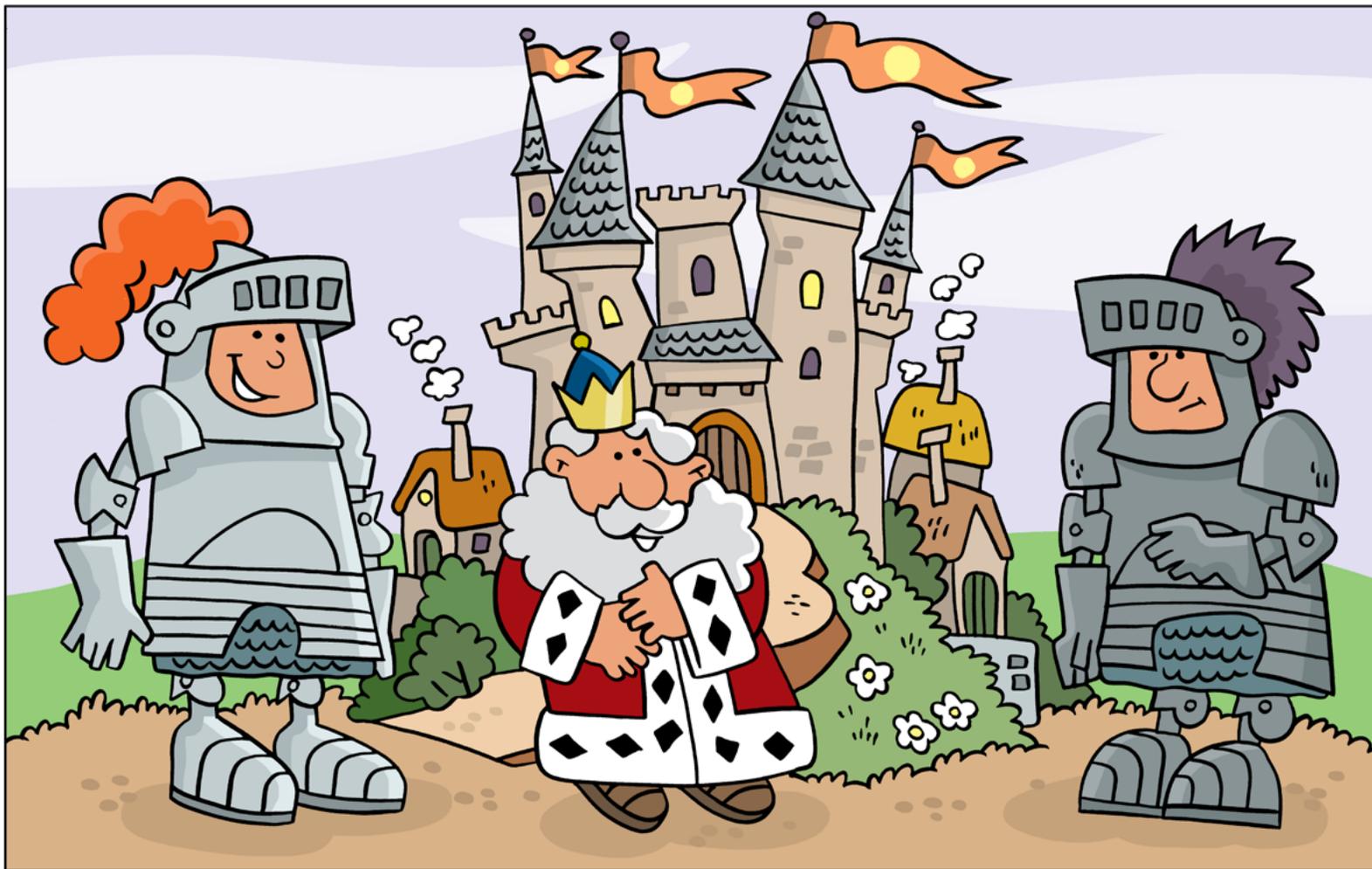
—Ay, mami, ¡estoy tan cómodo! ¿Por qué Anita y tú no traen una silla de la cocina para sentarse?

—Mira, Roberto, si te comportaras como un caballero, nos dejarías un sitio a Anita y a mí —dijo ella.

—¿Un caballero? —preguntó Roberto—. ¿Qué es un caballero?



—Un caballero es una persona amable y cortés, tiene buenos modales y pone primero a los demás antes que a sí mismo. Te contaré un relato y después me dirás quién te parece que es el caballero del relato.



Había una vez un enorme castillo y en él vivía un rey muy bondadoso. En su reino habitaban muchos caballeros valientes. Dos de ellos eran Nicolás y Tristán. El rey ideó un plan para descubrir cuál de los dos era un auténtico caballero.

El rey ordenó a los dos caballeros que se dirigieran a una población cercana a comprar un caballo para él. También les dijo que habría algo especial en dicha misión, así que debían esforzarse al máximo.

Nicolás era un caballero amable y de buenos modales, pero Tristán solo pensaba en sí mismo y en cualquier cosa que le hiciera feliz.

—Ajá —pensó Tristán—. *Estoy seguro de que el rey quiere saber cuál de nosotros es el mejor, y yo le mostraré que puedo encontrar el mejor caballo.*

—Debéis partir ahora mismo pues deseo el caballo antes de la puesta de sol —dijo el rey.

—Sí, mi señor, lo haremos tal y como deseas —respondieron ambos caballeros.

Diciendo esto, Tristán y Nicolás se montaron en sus caballos y galoparon en busca de un caballo para el rey.

En el camino, llegaron a un lugar donde se hallaba una anciana que llevaba una pesada carga.



—¡Fuera del camino!  
—gritó Tristán—. ¡Voy en una misión para el rey!

La anciana tropezó y se cayó a la vera del camino. Tristán siguió galopando, dejando detrás de sí una nube de polvo y a la pobre anciana tosiendo.

—¡Sooo! —gritó Nicolás a su caballo mientras le daba el alto.

—¡Buenos días! —gritó Nicolás—. ¿A dónde se dirige con esa pesada carga? —preguntó amablemente.

—Voy al pueblo cercano —contestó la anciana.

—Deje que la ayude. La llevaré al pueblo en mi caballo.

—¡Muchísimas gracias, amable caballero! —dijo la anciana con una sonrisa.



Nicolás llegó al pueblo un rato después que Tristán.

—¿Dónde estabas? —  
Tristán le exigió—. ¿Por qué tardaste tanto?

—Estaba ayudando a una anciana con su pesada carga —dijo Nicolás.

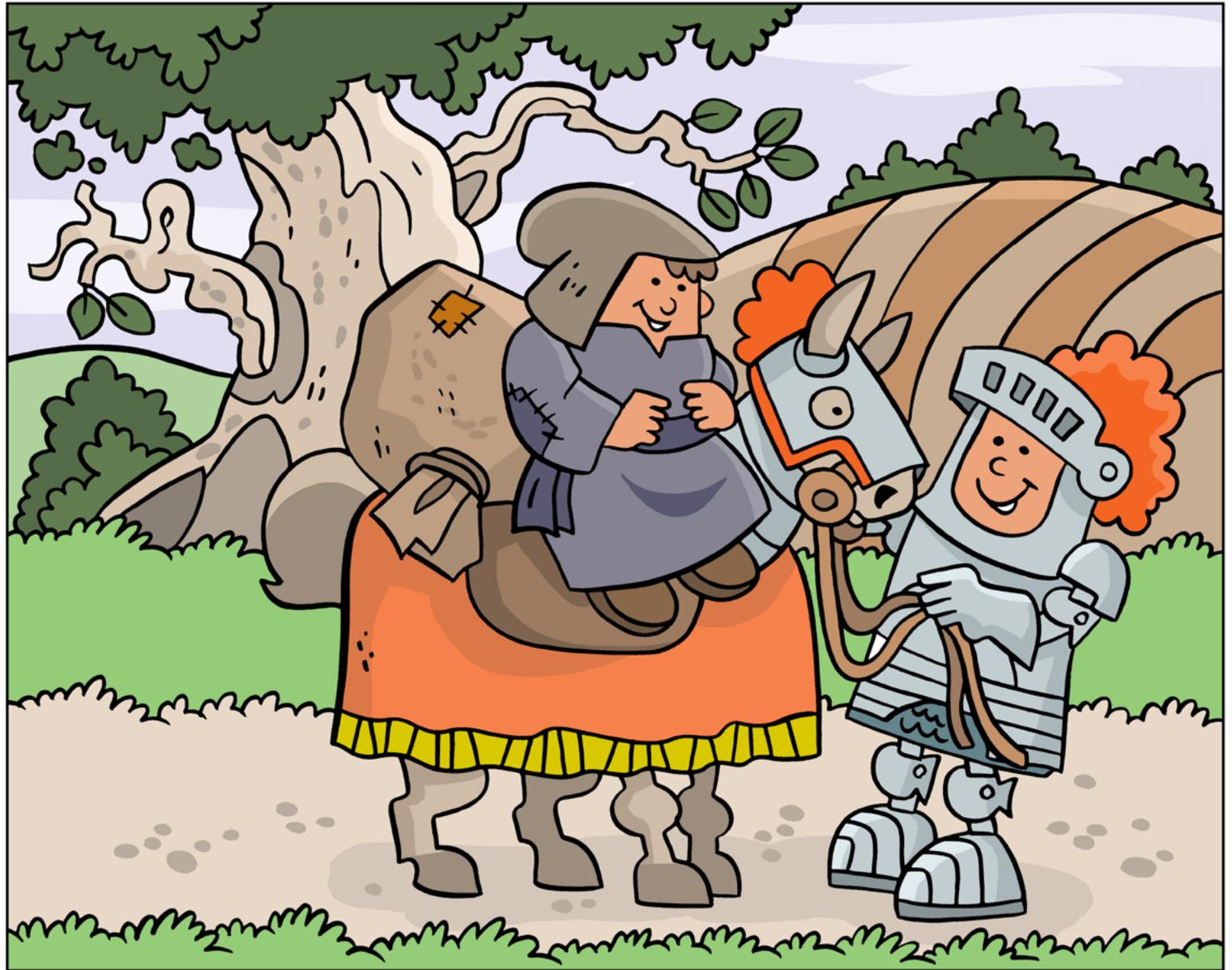
—¡Estamos perdiendo el tiempo! Preguntemos a alguien dónde podemos comprar un caballo —dijo Tristán.

Un panadero estaba colocando sus panes recién hechos cuando Tristán le gritó:

—¡Oye, tú! Estoy en una misión para el rey. Dime dónde puedo encontrar al hombre que vende caballos en este pueblo.

—Por allá, junto al herrero —fue la rápida respuesta del sorprendido panadero.

—Gracias, amable señor —dijo Nicolás—. ¡Ese pan huele de maravilla!



—Tomen uno —  
dijo el panadero con  
una sonrisa mientras  
les entregaba un  
panecillo tibio a cada  
uno de los caballeros.

—Muchísimas gracias  
—replicó Nicolás.

Tristán cogió el pan  
y se alejó sin darse ni  
siquiera la vuelta para  
darle las gracias.

Tras echar un vistazo  
a los caballos que  
estaban a la venta,  
escogieron el que les  
parecía que agradaría  
más al rey.

—Yo quiero ese  
caballo blanco y  
grande de allí —dijo  
Tristán—, estoy seguro  
que al rey le gustará  
ese.

—Oh, pero nosotros  
también queremos  
ese —dijo una  
vocecita detrás de los  
caballeros.



Nicolás y Tristán se dieron la vuelta y vieron a una muchacha y a su hermano pequeño que explicaron que estaban allí para comprar un caballo para la granja de su padre.

—Pues lo siento por vosotros —repuso Tristán en tono áspero—, nosotros lo vimos primero, así que ¡es nuestro! Al niño se le escapó un sollozo.

—Pero señor —dijo la muchacha—, llevamos mucho tiempo ahorrando para comprar este caballo. Precisamos con suma urgencia un caballo como este en nuestra granja.

—Pues el rey también lo necesita —contestó Tristán.



—Tristán —dijo Nicolás—, yo creo que el rey preferiría que estas personas tengan este caballo, y estoy seguro de que podemos encontrar otro que también le gustará.

—Pero, este es el que hemos elegido, ¿por qué deberíamos dejar que ellos se lo queden?

En ese mismo instante, el rey en persona apareció en escena.

—Porque precisamente es eso lo me gustaría que hagáis.

—Mi señor —exclamaron Tristán y Nicolás mientras le hacían una reverencia.

—No sabíamos que os encontrabais aquí.

—Os he seguido pues deseaba ver si, en vuestro viaje, actuaríais como auténticos caballeros.



—Ambos sois caballeros muy valientes, pero no es únicamente vuestra valentía lo que os convierte en caballeros. Demostrar amabilidad y buenos modales hacia los demás son cualidades muy necesarias para que seáis caballerosos.

—Estoy muy agradecido por la lealtad que me habéis demostrado a mí y a mi reino, pero es igual de importante que seáis también caballerosos y os preocupéis por mi pueblo y hagáis gala de buenos modales. Mis caballeros me representan a mí, y si no sois amables, la gente pensará que yo tampoco lo soy.



—¡Lo siento, mamá! Nicolás era un buen caballero y yo también quiero ser así. ¿Qué debo hacer para ser un caballero? —preguntó Roberto.



—Para ser un caballero debes ser amable y pensar más en los demás que en ti mismo. Por ejemplo, si alguien carga algo grande o pesado y ves que precisa ayuda, podrías abrirle la puerta. Podrías ofrecerte para ayudarlo a llevar la compra. Cuando una persona mayor entra en la habitación, si no encuentra sitio donde sentarse, podrías levantarte y ofrecerle tu asiento. Podrías ofrecer a otra persona el trozo más grande de pastel. Podrías decir perdón si te tropiezas con alguien. Estos son tan solo algunos ejemplos.

—Un caballero siempre es cortés con todo el mundo —explicó la mamá.

—Me gustaría intentarlo —dijo Roberto—. ¿Crees que podemos empezar ya?

La mamá salió de la sala con la pequeña Anita. Esperó unos minutos en la cocina antes de entrar de nuevo a la sala. Cuando entró, Roberto se puso de pie haciendo una reverencia y dijo:

—¡Buenas tardes, madre! ¿Queréis tomar asiento?

—¡Esto es lo que yo llamo un auténtico caballero!

